

LA LLUVIA Y LA POESÍA

POR AQUILINO DUQUE GIMENO

En mi primera visita a la Universidad de Villanova, en Pennsylvania, asistí a una especie de coloquio sobre Juan Ramón Jiménez en el que la ponente principal glosaba unos versos del poeta. La verdad es que el poeta tenía versos amorosos más afortunados que aquellos, y sólo hubo una voz de entre el auditorio que se atrevió a compararlos con la letra de una canción de sala de fiestas. Años atrás, en Madrid, bajo los auspicios de Juana Moltó, se organizó una cena multitudinaria para promocionar el último libro de un apuesto poeta canario sobre el último de sus idilios amorosos. Para dar una idea de quiénes eran los comensales, diré que yo estaba sentado entre Joaquín Rodrigo y Luis Rosales y sus respectivas esposas. Alguien más joven, posiblemente Abelardo Linares, quiso saber mi opinión sobre aquellos versos y yo le contesté que estaban entre Aleixandre y Bonet de San Pedro. Es evidente que, pasados los años, no tendría más remedio que estar en sintonía con aquella voz discordante en el coloquio sobre el «andaluz universal». Pocos días después, en esa misma facultad universitaria, hacía yo una lectura de versos propios, y en el turno de interpelaciones, la misma voz que había criticado los versos de Jiménez, me pedía que leyera uno de mis poemas más polémicos. No tuve más re-

medio que poner aquel colofón, digamos dialéctico, a un recital exclusivamente lírico.

Esa voz discordante y provocadora tenía acento chileno, y aunque sólo fuera por esto no tenía más remedio que resultarme grata. Pertenece a un profesor de aquella facultad de lenguas romances, con quien no tardé en trabar amistad y de cuya hospitalidad llegaría a disfrutar lo indecible. Aun siendo la poesía lo que más nos unía y nos importaba —él había llegado a Norteamérica un poco de la mano de Gonzalo Rojas y yo llegaba con el pretexto de una lectura poética— nunca se dio entre nosotros ese atraco mutuo del «si me lees, te leo» tan frecuente en el mundo hispánico.

Su nombre es Carlos Trujillo Ampuero, y es chileno de nación. Natural de la Isla Grande de Chiloé, se tituló de Profesor de Estado en Castellano por la Universidad de Chile, sede de Temuco, y ejerció como tal en diversos liceos entre 1975 y 1989, año en que marchó a Estados Unidos donde se doctoró en la Universidad de Pennsylvania y luego se incorporó a la de Villanova. Al jubilarse al cabo de casi treinta años, Trujillo y su esposa Aydé regresaron a su isla natal, a la gran casa que se venían edificando en unos terrenos adquiridos allá. Esa casa que, como casi todas las edificaciones de la isla, por no decir del archipiélago, parece construida por carpinteros de ribera, fue la nuestra también durante una semana de finales del otoño austral.

Chiloé se llamó Nueva Galicia en tiempos de la Conquista, y el nombre no pudo ser más acertado aunque sólo fuera por lo que llueve en ella. Estando allá, me vino a la mente que, hallándome también en casa de unos amigos en Suiza en un otoño especialmente lluvioso, le oí a la criada de unos vecinos, que era gallega, exclamar casi con alegría: «¡Qué manera de llover! ¡Ni que estuviéramos en España!» Esa espontánea sinécdoque de aquella muchacha no dejó de conmoverme, ya que encerraba en el mismo concepto a su lluviosa región de origen con la mía, por ejemplo, donde la lluvia no es tan frecuente. A lo que voy es que para mí la lluvia siempre tuvo un significado poético y fue bajo la lluvia como presenté una antología de mis versos en el liceo «Galvarino Riveros Cárdenas» de Castro, capital de Chiloé. Pero es que al irme a acostar, en la habitación que nos asignaron los

Trujillo, vi en la mesilla de noche un libro de Carlos titulado *Si no fuera por la lluvia. Milton Rogovin en Chile*. Milton Rogovin, hijo de emigrantes judíos de Lituania, era un óptico de profesión y fotógrafo de vocación que, investigado por el Comité de Actividades Antiamericanas del senador MacCarthy, amigo y correligionario por consiguiente de Neruda, emprendió a instancias de éste un viaje a Chile para hacer un reportaje gráfico de la pobreza y desolación de su «delgada patria». En especial le recomendaba que fuera a la isla de Chiloé, que «Se mantiene asombrosamente intacta, pobre y llena de interés humano». En esa misma carta, fechada en Isla Negra el 13 de noviembre del 66 y escrita en inglés, se ofrece el poeta a ir con él para hacer el trabajo juntos. Sea por lo que fuere, Rogovin tuvo que hacer el viaje solo y sin tener ni idea de castellano y el resultado fue el diario y las fotos. Tampoco el poeta, metido en otros afanes, que lo llevarían a París como embajador, llegaría a escribir los comentarios en verso.

Pasados los años, ya en Estados Unidos, Carlos Trujillo conocería casi por azar a una hija de Rogovin, quien le pidió que le ayudara a reconocer a una persona retratada por su padre, tarea muy complicada porque las fotografías se habían tomado alrededor de cuarenta años atrás. Esta era una mujer indígena de singular belleza, cuya imagen fue conocida en diversas partes del mundo a través de las exposiciones fotográficas de Rogovin como *La Madre y el Niño* o *La Madonna*; su nombre era Silvia Huentelicán.

Carlos Trujillo no se limitó a ordenar y redactar los apuntes, las notas, las reflexiones del viaje de Rogovin en el susodicho libro *Si no fuera por la lluvia*, sino que, con el título de *Nada queda atrás* hizo el trabajo que tenía que haber hecho Neruda y le puso a cada una de las imágenes de Rogovin versos que no desmerecen en nada de los que pudo haberles puesto el “gran mal poeta”, como le llamara el pérfido Jiménez, el “andaluz universal” mencionado *ut supra*.